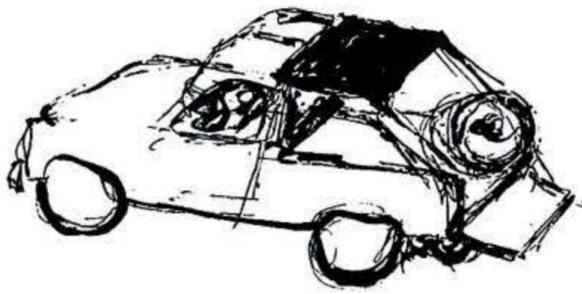


Ester Borja; Xiomara Alfaro, la emperatriz cubana de la canción; Graciela, Elena Burke, Myrta Silva, Toña La Negra, María Luisa Landín, la orquesta Anacaona y muchas más, incluyendo a la más que evidente Celia Cruz. Así mismo, están algunas de las grandes voces costeñas: Matilde Díaz (tolimense de nacimiento) y Estercita Forero. Quedaron por fuera muchas y muy significativas (pienso en Emilia Valencia o Teresa García), pero queda también la impresión de que en toda mujer que haga música popular, sea caleña o no, hay un ejercicio de emancipación, un respetable capítulo en la historia de la mujer.



Los capítulos restantes están dedicados a Cali: primero las pioneras, como María del Carmen Alvarado, Conny y Yanneth Riveros, Bertha Quintero, Yemayá, Siguaraya, Cañabrava; y en el principio estaba la motivación política por rescatar la cultura popular y el papel de la mujer en la sociedad. Luego el resto, una explosión de grupos y figuras sin precedentes en términos cuantitativos: Diana María Vargas, María Fernanda Múnera, Francisca Elena Barrera y Olga Lucía Rivas son las figuras individuales más destacadas; entre los grupos, Son de Azúcar, Canela, D' Caché. Las orquestas femeninas de Cali han trascendido el barrio y los cenáculos para invadir los circuitos comerciales y competir con sus colegas masculinos; ellas dicen ser más disciplinadas y afinadas, y que pronto llegarán a sonar mejor que ellos. Dicen vivir discriminaciones y acosos, así como el desgarramiento entre los deberes del trabajo y los del hogar, pero, y esto es bien reconfortante, dicen que han ido

enfrentando y resolviendo con tenacidad y esfuerzo y que nada las detendrá en su propósito de echar *palante* y tumbando sorongo hasta la rumba final. Dicen, por último, que hay nuevas generaciones con una mejor formación académica, y que por tanto veremos en el futuro más y mejores orquestas femeninas.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ  
Universidad del Atlántico

## Yo te recuerdo en todas mis parrandas

### Diez juglares en su patio

Jorge García Usta,  
Alberto Salcedo Ramos  
Ecoe Ediciones, Santafé de Bogotá, 1994,  
210 págs.

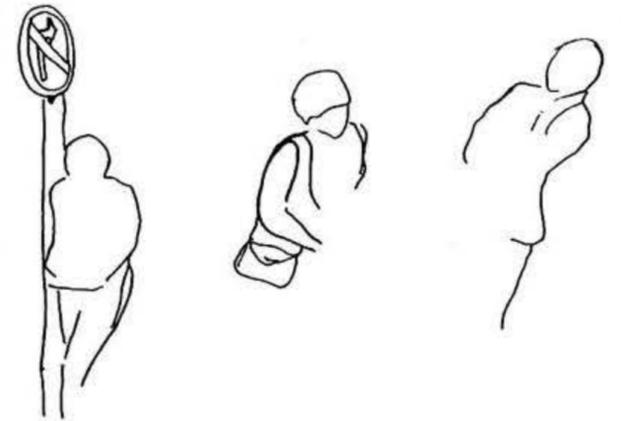
Jorge García Usta, orense y poeta, y Alberto Salcedo Ramos, barranquillero, han publicado un libro que confirma el creciente vigor de la provincia costeña. Se trata de *Diez juglares en su patio* (realmente, son once) donde consignan por escrito unas memorias valiosísimas, arrebatadas a la tradición oral y referidas al mundo de la música popular. Y lo hacen en una serie de reportajes siempre emotivos, algunos de ellos de antología.

García Usta sintetiza la vida del cartagenero Cico Barón para mostrar el camino que conecta al decimero con la modernidad: de la escuela primaria al campo, huyendo de las últimas guerras civiles, y al ingenio Sincerín, donde había un batey que era escuela de décimas y de la vida en general, después a la vaquería y los campamentos petroleros, para finalmente lanzarse a la trashumancia por las fiestas costeñas de los años 20. El espíritu aventurero de Cico Barón quedó intacto incluso después de cumplir sus primeros cien años, cuando se pasaba las noches haciendo planes para conocer el mundo y haciendo versos para resucitar a su esposa difunta.

Escribir sobre Alejo Durán, después del magnífico ensayo de José Manuel

Vergara, no es nada fácil, pero Salcedo aporta una visión de la vida cotidiana de este negro legendario. También ilustra sobre el origen de la idea de que el vallenato no se baila, un equívoco bastante extendido: "Cuando Gabriel García Márquez vino a Valledupar [...] me lo encontré un día en la casa de Hernando Molina [...] enseguida me puse a entonar mis canciones viejas. Fue cuando una pareja se paró a bailar y Gabriel les dijo que no señores, la música de Alejandro Durán no es para bailar sino para oír, y los señores, que eran cachacos, se sentaron, creyendo que era cierto. Todavía no sé por qué Gabriel dijo eso. Debió ser un capricho suyo" (pág. 25).

El extraordinario texto de García Usta sobre Clímaco Sarmiento, autor de *Pie pelúo* y *La vaca vieja*, tal vez el mejor del libro, va desde los primeros maestros de clarinete (entre ellos un alemán) y el acompañamiento de cine mudo en el natal Soplaviento hasta sus años dorados y su muerte en Cartagena. Todo esto en medio de un despliegue de filosofía popular tan bueno, que uno no sabe si el texto es del poeta orense o del propio Clímaco. El desgarrador relato de sus últimos días confirma lo que decían los castellanos medievales: que a la ramera y al juglar la vejez les viene mal.



Otro grande de Soplaviento, Catalino Parra, hace que Salcedo se detenga en ese pueblo de pescadores a orillas del Canal del Dique, pueblo que ayer fue emporio comercial y hoy es centro de epidemias, inundaciones y pobreza. Entre cuentos, ruedas de cumbiamba y vegetación silvestre, Catalino creció relacionando universo y música, y tocando en su barrio del alma, donde, después de darle la vuelta al mundo con los Gaiteros de San Ja-

cinto, se quedó a vivir para siempre. Quedan sus cantos (*El morrocoyo*, por ejemplo) como testimonio de la cultura de monte y agua, el estilo de nuestra tierra. En el reportaje a Toño Fernández, el otro pilar de los Gaiteros de San Jacinto, se destaca su historia personal de labriego, mecánico, sepulturero; también se destacan los conflictos que acabaron con ese espléndido conjunto y, sobre todo, los sentidos trazos sobre las mujeres e hijos de los Gaiteros que los esperaron fieles mientras ellos hacían su gira por Europa.



Rufo Garrido, el gran saxofonista cartagenero de los años cincuenta, es retratado en forma maestra y en pocas páginas, desde sus comienzos, tocando ocarina con los salesianos, hasta sus correrías sabaneras con la orquesta del sanandresano Charles Butler, y su apogeo con clásicos del repertorio costeño como *El cebú*, *La palenquerita*, *El buscapié*, *El cariseco*. Andrés Landero, cantador de San Jacinto, pasó su infancia en el propio paraíso, entre cometas,

trompos y bolitas de uñita; de antepasados gaiteros, su afición por el acordeón agredió al pueblo hasta que lo probaron y salió triunfador. Trashumante, recorrió la región sabanera haciendo autostop en camiones. Después de componer números inolvidables, como *Alicia la campesina*, *La muerte de Eduardo Lora*, *Las miradas de Magali*, encontró su clímax en *La pava congona*: "El sol estaba muriendo. De repente, la naturaleza se desató en una explosión casual de impagable belleza. Y Landero quedó en el centro del prodigio. Vio el reflejo dorado de un sol que moría y el reflejo cruzaba por el centro de una inmensa telaraña que pendía de un horcón del rancho. Una gota de agua, caída del techo del rancho, rodó por la telaraña, traspasada violentamente por el sol, y Landero sintió que la gota caía a toda la tierra. Enseguida, cantaron los pájaros, cantó el juan polo. Cantó la suirí. Cantó la pava congona. Durante un instante, en un tiempo que no era el real, los colores y los sonidos quedaron envueltos en la misma torrencial belleza, y frente a ella, el hombre, Landero, perplejo como ante el principio de la creación. Cuando pudo recuperarse, ya era de noche. Lo único que pensó fue: carajo, esto es una cumbia" (pág. 130).

Y sobrado el reportaje con el Homero de nuestra cultura popular, el ciego Leandro Díaz. El autor de números tan queridos por todos como *El verano*, *Matilde Lina* y *La diosa coronada* se descubre como introspectivo, a diferencia de otros exponentes de la música costeña de acordeón (no vallenato); como con frecuencia ocurre entre criollos, también fue pirata o, al menos, brujo medio sinvergüenza. Se descubre también como hombre con dos mujeres perfectamente encadenadas, hazaña no despreciable aun para un vidente, y como alguien para quien los asuntos del espíritu, como la música, no deben tener tarifas. Leandro Díaz, nativo de Lagunita de la Sierra, se hace leer textos de grandes pensadores, y tal vez por eso recrea el mito platónico de las cavernas, sólo que aplicado a San Diego, el legendario pueblo de las conversaciones, donde reside.

Hay, de todos modos, cierto desnivel en los reportajes, sobre todo con José Barros, Tobías Enrique Pumarejo

y Rafael Escalona. En cada caso esto se explica por razones distintas: con José Barros, la admiración desmedida hacia el juglar no logra sobreponerse a algunas de las arbitrarias construcciones folclóricas del ya senil maestro banquero; por otra parte, la poca simpatía que despiertan los aspectos menos brillantes de Escalona inciden en las páginas más débiles del libro. Finalmente, los autores están menos familiarizados con la música del Magdalena Grande, y esto explica el no haberle sacado mayor partido a las hermosas palabras del legendario Tobías Enrique Pumarejo.

Pero con todo, es un libro de éxtasis, bien investigado y escrito, que al concluirlo deja una impresión precisa: las ganas de volverlo a empezar.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ  
Universidad del Atlántico

## La mala fama del cronopio

**El libro del almismo. El libro del pensar. (Ser como todos, pero ser distinto)**

Martalucía Tamayo Fernández  
Instituto de Genética Humana, Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1995, 156 págs.

Recuerdo que un amigo, sufrido editor, me contaba que tenía que salir corriendo cuando algún prospecto de escritor ingenioso le llegaba con la cortazarada de que "me siento cronopio". Pero dejando de lado a esos acartonados editores que no quieren medírseles a las protoliteraturas lúdicas, hay que preguntarse quiénes son los editores que sí se les miden. Mejor dicho: ¿quién es el editor *responsable* de este precario experimento que la genetista Martalucía Tamayo ha llamado por el curioso título que va arriba? Parece que editor no hay, pues no creo que el Instituto de Genética Humana sea una editorial, y pese a que se haya constituido la Colección Primera Puerta, en la que ya se